



La fiesta que cambió a un pueblo

Texto: Carol Zardetto
Ilustraciones: Christine Varadi





La fiesta que cambió a un pueblo

Texto: Carol Zardetto

Ilustraciones: Christine Varadi



868.97281

Z189 Zardetto, Carol

La fiesta que cambió a un pueblo / Carol Zardetto ; Christine Varadi,
ilus. -- Guatemala : USAID-Programa Estándares e Investigación
Educativa. 2009.

36 p. : ilus. ; 21 cm.

ISBN 978-99939-977-0-2

1. LITERATURA GUATEMALTECA
 2. EDUCACIÓN PRIMARIA - GUATEMALA
 3. REFORMA EDUCATIVA - GUATEMALA
- l. t.



ISBN 978-99939-977-0-2

Editado por: Programa Estándares e Investigación Educativa-USAID ©

Texto: Carol Zardetto

Ilustraciones: Christine Varadi.



Este material ha sido elaborado con fondos de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) bajo la Orden de Trabajo No. GEW-I-03-02-00020-00 con Juárez y Asociados, y en apoyo al Convenio de Donación de Objetivo Estratégico No. 520-0436.7, "Inversión Social: Personas más Sanas y con Mejor Nivel de Educación".

Las opiniones expresadas por las autoras no reflejan necesariamente los puntos de vista de USAID o del Gobierno de los Estados Unidos de América.

Guatemala, agosto de 2009.



La fiesta que cambió a un pueblo



I

PEDRO SUC nació en San Mateo Ixtatán en un día con muchas corrientes de aire. Ninguno se extrañó pues se trataba del día que corresponde al nahual Iq, señor de los vientos. Tampoco se extrañaron de que le gustaran tanto las letras y el estudio, pues desde muy pequeño demostró ser un patojo listo. Sus padres, Ana y Martín, habían vivido siempre de la tierra. Se dedicaban a la crianza de un pequeño rebaño de cabras y sembraban maíz, frijol y hortalizas. También les gustaba el comercio. Todos los días jueves y domingo caminaban desde su casa situada en lo más alto del pueblo, hasta donde se encontraba el mercado. Allí, aprovechaban la oportunidad para saludar a los vecinos y reírse un poco con sus historias cotidianas. También para comprar los pequeños tesoros que alegraban sus días: pañuelos de colores para cubrir el cabello de Ana, o algún buen azadón que se convertía en el orgullo de Martín por varias semanas. Sus vidas eran felices, pero simples, atados a su pueblo y a su comunidad, sin esperanza de salir algún día de allí o conocer más cosas de ese misterioso mundo que estaba más allá de las hermosas montañas que eran su hogar.

Ana había ido a la escuela unos cuantos años, hasta que su madre enfermó y tuvo que quedarse en la casa a cuidar a sus hermanos. Aprendió a escribir, a leer, el nombre de algunos países lejanos y a matar los piojos que llegan con el invierno, pues son dañinos para la salud. Le encantaba la escuela, especialmente en la mañanita: las niñas llegaban con sus trenzas recién hechas y los niños con sus camisas muy limpias. Era alegre observarlos tan serios y calladitos oyendo al maestro hablar de cosas tan extrañas y fascinantes o risueños y nerviosos cuando les tocaba pasar al frente y decir la lección.

Lloró mucho cuando tuvo que dejar de ir, pero su mamá estaba enferma

y ella era la hija mayor. Nadie dudó en que era necesario que Ana dejara la escuela para ayudar a su mamá. Nadie pensó en que era importante para ella estudiar. Su tristeza tuvo que guardarla para sí misma. Pero pronto encontró una forma de consolarse: empezó a jugar que era mamá de un niño imaginario que iba a la escuela. Curiosamente, un tío suyo que llegó de visita le llevó de regalo un muñeco de trapo que trajo de la capital. Ella lo llamó Pedro y Ana jugaba con él siempre de lo mismo: el niño iba a la escuela y se sentía tan feliz de aprender como se había sentido ella. Por eso, cuando su hijo nació tan listo, Ana no tuvo ninguna duda en llamarlo también Pedro. Eran sus deseos hechos realidad: había llegado a su hogar un niño deseoso de estudiar, como había sido ella de niña. Pero él nunca iba a tener que renunciar al estudio como a ella le pasó.

Martín nunca había podido ir a la escuela porque en la aldea donde nació no había ninguna. Cuando se miraba las manos, grandotas y toscas de tanto trabajar en el campo se reía: “¿Cuándo iban estas manos a poder agarrar un lápiz para escribir?” “Aparte”, se decía riendo, “yo tengo la cabeza cerrada, como que fuera de piedra.”

Martín no era un hombre tonto como él pensaba. Sabía leer los signos de la naturaleza y era un gran sembrador. Sus cabras estaban siempre bien cuidadas y conocía mucha medicina natural para sanarlas cuando se enfermaban. Todo este conocimiento lo había recibido de sus padres y de su comunidad, cuya antigua sabiduría todavía guardaban algunos pocos. Lo que sucedía es que Martín nunca había aprendido a leer y el mundo de las letras le parecía un gran misterio. “¿Qué dirán todas esas hormiguitas negras que ponen en los libros?”, pensaba con mucha curiosidad.

Pedro creció como hijo único, ya que su madre nunca pudo tener más niños. Les leía a sus padres de los libros de la escuela, mientras en las noches,



se calentaban alrededor del fuego del frío de la montaña. Todos aprendían. Eran los momentos más preciosos para la familia pues, aparte de estar juntos, se reían y disfrutaban mucho.

Así pasaron los años y pronto llegó el día en que la familia tuvo que tomar una decisión difícil: si querían que fuera maestro tendría que dejar su casa, irse a estudiar a Huehuetenango, la cabecera departamental, a donde no podrían visitarlo debido a sus escasos recursos: todo el dinero que pudieran conseguir habría que enviarlo al muchacho para que nada le hiciera falta. Lo que sucedía es que solamente allá en esa distante ciudad había una Escuela Normal, que es la escuela de maestros.

Pedro comprendió a través de las palabras de su padre que el sueño de ser maestro no era solamente suyo. Era también el sueño de su familia. A partir de ese día ya no dudó más. Cuando llegó el momento, partió contento en busca del destino que sus padres con tanto amor habían soñado para él.

Pedro sentía que el corazón se le partía en dos: por una parte, quería irse a estudiar. Le picaban los pies por salir del pueblo y conocer más cosas del mundo. Ir a la cabecera departamental le llenaba la cabeza de ilusiones, sobre todo porque sabía que se convertiría en lo que siempre quiso ser: un maestro que pudiera enseñarle a la gente. No quería que nadie se quedara como sus padres, soñando toda una vida con una educación que no lograron tener. “Tengo que ir en busca de lo que tanto desea mi corazón”, se decía en las noches y el pensamiento no lo dejaba dormir.

Por otra parte, dejar a sus padres lo ponía muy triste. También pensaba en que si él se ponía a trabajar podrían estar mejor. Su papá ya estaba grande y le hacía falta ayuda. Él con la educación que ya tenía, podría ayudarlos a

ganar más dinero con sus pequeños negocios. Haber ido a la escuela le daba mucha ventaja y sabía que podía buscar nuevas oportunidades para que la familia saliera adelante. “Soy el único hijo: estaremos mejor si yo le echo el hombro a mi papá, mejor sería que no me fuera”, pensaba en las noches y no podía dormir bien.

Así, con el corazón partido en dos, Pedro no tenía sosiego, se fue poniendo flaco, flaco y tenía unas enormes ojeras por no dormir. Cuando ya se acercaba la fecha en que debía tomar la decisión final, pues ya era la época de las inscripciones en la Escuela Normal de Huehuetenango, sus padres sentaron a Pedro y le hablaron: “Sabemos cuanto has sufrido dándole vueltas en tu

cabeza a esta decisión. Pero no te sigás martirizando. Desde que naciste, tu mamá y yo ya lo teníamos pensado: si Dios nos da licencia, nos daremos el gusto de ver a nuestro hijo convertido en maestro. Somos dos campesinos sencillos que hemos sido felices con ese gran sueño y queremos ver si vos querés poner tu parte para cumplirlo.”

“Pero papá”, dijo Pedro, “somos tan pobres. Yo puedo echarle el hombro y vamos a estar mejor. Aparte, no tendríamos que separarnos.”

“Mijo, mejor vamos a estar si vos estudiás. ¡Cómo hubiéramos deseado tener educación nosotros! Pero saber que pudimos hacer de nuestro hijo una persona estudiada nos va a recompensar por nuestras penas y pobreza. ¡Imaginate, nos sentiremos ricos, aunque no tengamos dinero!” Y se rió con

tantas ganas que a Pedro se le salieron las lágrimas.

Pedro comprendió a través de las palabras de su padre que el sueño de ser maestro no era solamente suyo. Era también el sueño de su familia. A partir de ese día ya no dudó más. Cuando llegó el momento, partió contento en busca del destino que sus padres con tanto amor habían soñado para él.

Los años pasaron muy rápido. Cuando se acercaba el día de la graduación de su hijo, Ana y Martín no tenían sosiego: estaban haciendo los preparativos para viajar a Huehuetenango. Nunca habían estado allí, pero Ana estaba tan ilusionada con ver a su hijo graduarse que Martín no dudó en vender varias cabras de su rebaño para complacerla. Ana y Martín arreglaron unas

Mariano les había explicado a los muchachos que iban a graduarse de maestros, la importancia de lo que él llamaba la "Reforma Educativa". "Fue parte de los Acuerdos de Paz", les explicaba, "y, por lo tanto, es un logro de nosotros los guatemaltecos." "¿Y qué es?", preguntaban los muchachos.

pocas cosas para llevar. Ana había estado cosiendo los últimos seis meses un hermoso güipil y había preparado muy cuidadosamente su tocado. Este traje era imprescindible en cualquier gran ceremonia. Ella tenía que llevarlo el día más importante de su vida.

Con mucha excitación por el viaje, Ana y Martín subieron a la camioneta que habría de llevarlos una madrugada muy helada del mes de octubre. Mientras, las señoras de San Mateo prendían veladoras en la iglesia del pueblo dando las gracias por el triunfo del muchacho.

Pedro aguardaba la llegada de sus padres con grandes ansias. Las ganas de abrazar a su madre y de oír la risa de su padre, lo tenían inquieto, casi no podía esperar.

Mañana será el día de la graduación. Pedro se pasea por la escuela solitaria que está hermosa, llena de cadenas de papel azul y blanco y muchas flores. Todo el día estuvieron preparando el acto a la perfección, ensayando los discursos y la entrega de los diplomas. Pedro reflexiona que estos últimos años han sido muy importantes en su vida. Vivir lejos de sus padres le enseñó mucho, pues tuvo que aprender a hacerse todo solito: lavar su ropa, procurarse su comida y vivir con extraños, lo cual siempre es difícil. También fueron años muy alegres, pues hizo muchos amigos. Juntos se iban a los ríos a nadar, o de excursión por los alrededores. Pero lo que más le gustó de estos años fue lo mucho que pudo aprender en la Escuela Normal. Tuvo

un maestro extraordinario: Mariano Coyoy. Durante la época del conflicto armado, Mariano había vivido el horror de la guerra. Pedro no. Él ya había nacido en tiempos de paz, pero la gente de su comunidad todavía recordaba cosas muy tristes de aquellos días. Su maestro les contaba muchas historias y las razones de aquel conflicto. Sin embargo, según les decía, lo que le había enseñado la guerra, es la importancia de la paz. "Pero la paz no es un regalo", les decía Mariano "es algo que tenemos que construir todavía, porque no existe una verdadera paz cuando no hay equidad, la gente no tiene lo que necesita y no hay oportunidades." Y luego añadía: "por eso, yo amo la educación: porque puede construir mejores condiciones para la gente y así, consolidar la paz verdadera."

Mariano se esforzaba en que los muchachos pudieran valorar lo que el pueblo de Guatemala había obtenido con la Firma de los Acuerdos de Paz: el sueño de un nuevo país. “Lo mejor del conflicto armado que hubo en Guatemala fue la oportunidad para que nacieran esos acuerdos. Allí hay un camino para que los guatemaltecos logremos hacer de nuestra Nación un lugar donde nos sintamos incluidos y podamos vivir mejor.”

Mariano les había explicado a los muchachos que iban a graduarse de maestros, la importancia de lo que él llamaba la “Reforma Educativa”. “Fue parte de los Acuerdos de Paz”, les explicaba, “y, por lo tanto, es un logro de nosotros los guatemaltecos.”

“¿Y qué es?”, preguntaban los muchachos.

“Pues es el reconocimiento de que solamente a través de una educación de calidad podemos transformar la sociedad guatemalteca. Para que podamos vivir bien en este país, necesitamos ser gente formada con la mejor educación, es decir, una educación de calidad. Así, cada uno podrá construir el futuro que prefiera, pero bien preparado para los retos que vengan.” Y luego, añadía: “pero no se trata sólo del destino de cada uno: se trata del destino de nuestra Nación. Podemos soñar con un gran país y luego, trabajar para construirlo.”

“¿Cómo así? se reían los muchachos. “Uno no puede soñar con un país... Los países ya existen, no son sueños.”

Mariano entonces les contestaba: “Los países son igual que la gente. Pueden cambiar. Nuestro país puede ser próspero y grande, si nosotros los guatemaltecos aprendemos a soñarlo así. Ah... pero tampoco crean que es fácil. Aparte de soñarlo, luego hay que trabajar. Por eso ustedes los maestros tienen una gran misión: llevar la Reforma Educativa al aula, todos los días. Ese es el trabajo que está pendiente, ahora que logramos la paz.”

○

A Pedro le encantaba escuchar a Mariano hablar de este tema. Le daba mucho entusiasmo pensar que él podría ayudar ese sueño tan hermoso donde la educación sería la que serviría para transformar a su gente y a su país. Cuando pensaba en esto, la imagen de sus padres era lo primero que miraba. ¡Cuánto hubiera él deseado que ellos hubieran podido disfrutar de ese nuevo país! Ahora él ayudaría a que fuera realidad para sus propios hijos.

El día de la graduación fue memorable. Ana se la pasó llorando todo el acto, pero eran lágrimas de alegría. Se miraba muy hermosa con su atavío tan elegante y Pedro se sentía muy orgulloso al verla. Cuando terminó el acto, Ana y Martín abrazaron a su hijo y se tomaron muchas fotos. Serían hermosos recuerdos de un día en que ellos vieron culminado un sueño que alguna vez pareció tan remoto: su hijo era ya un maestro de educación primaria.

II

CUANDO llegó a su pueblo, Pedro tuvo una grata sorpresa y pensó en que la suerte estaba de su parte: por tratarse de un indígena de la étnia Chuj consiguió pronto un empleo con el Ministerio de Educación, pues hay muy pocos maestros con dominio de ese idioma. No tuvo que esperar, como otros, largos años para obtener una plaza de maestro. El salario no era mucho, pero el trabajo era estable y le daba la oportunidad de empezar de inmediato a realizar su vocación.

Sin embargo, la alegría le duró poco. Cuando empezó el año escolar, se dio cuenta del sin fin de problemas que había en la escuela. Para empezar, ni los maestros, ni el director del establecimiento, conocían la Reforma Educativa. Estaban bastante acostumbrados a impartir sus clases y manejar la escuela de la manera antigua. Muchos habían recibido capacitaciones y también



“Lo que yo deseo con todo mi corazón es que todos los que estamos presentes nos esforcemos por conocer mejor lo que es la Reforma Educativa, para que hagamos de nuestra escuela algo mejor, en bien de los niños y de las niñas. Podemos divertirnos y al mismo tiempo aprender.”

los materiales necesarios para implementar nuevos métodos y contenidos educativos, pero tenían mucha resistencia a cambiar. “Así nos enseñaron a nosotros”, decían los maestros. “¿por qué tenemos que cambiar?”

La escuela también tenía problemas: no había suficientes escritorios para los niños y el techo goteaba cuando llovía. Los textos no llegaron sino hasta en marzo y casi nunca había suficiente dinero para la refacción escolar o materiales didácticos. Pedro intentaba hablar de estos temas con don Rogelio, el Director, para encontrarles salida porque le preocupaban mucho sus alumnos. Pero, siempre pasaba lo mismo: el Director se enojaba y le decía que no era culpa suya. Se quejaba de que no recibía suficiente apoyo o de que se habían olvidado de su escuela.

Por su parte, los padres de familia tampoco apoyaban mucho sus esfuerzos. No les dedicaban tiempo a sus hijos para revisar las tareas escolares y lejos de interesarles una educación exigente y de calidad, preferían que se hiciera todo fácil para que pasaran el año sin esfuerzo. Los padres de familia desconocían la Reforma Educativa y peor aún, no pensaban que la educación fuera tan importante. “Lo que queremos es el cartón”, le dijo una vez una señora, refiriéndose al diploma del sexto de primaria que, según ella, solamente servía para llenar un requisito necesario para conseguir trabajo a los patojos.

También había una cuestión que a Pedro le daba mucha tristeza: algunos padres de familia se habían apartado mucho de su riqueza cultural. Decían:

“No queremos que les llenen la cabeza a nuestros niños con los conocimientos de los antepasados. Queremos que puedan tener acceso al Internet, las computadoras y la televisión extranjera. Eso es mejor que lo que tenemos aquí”. No les interesaba que sus hijos recibieran educación en su lengua materna o que se les enseñaran las tradiciones y la historia de su pueblo. Sucedió que en muchos casos, algún familiar se había ido para el norte y desde allá mandaba bastante dinero. Parecía que saber inglés y manejar las computadoras era lo único importante. Pedro reconocía que en parte tenían razón, porque el inglés y el manejo de las computadoras eran conocimientos valiosos. Pero también pensaba que la cultura propia era importante. Una persona debe conocer nuevos idiomas, manejar máquinas y saber qué pasa en el mundo, pero también debe mantenerse unida a sus raíces, reconocer la riqueza de su cultura y conocer su historia. Así cada persona puede pertenecer a su comunidad y también tener conocimientos que lo unan a las personas de todo el mundo, pensaba.

Toda esta situación incomodaba mucho a Pedro y, a veces, lo hacía sentirse desanimado. Sin embargo, entonces recordaba que su maestro Mariano le había enseñado que nunca se debe uno resignar a que las cosas no estén bien. “Los cambios son siempre responsabilidad de todos”, le había explicado.

Por ello, un día tomó la iniciativa de presentar al Director, un plan para que padres, alumnos y maestros comprendieran la importancia de la Reforma Educativa, esperando que, al conocerla, se animaran a tomar medidas para

hacerla realidad en su comunidad.

“Bueno”, le dijo don Rogelio, “si vos te encargás de organizarla y ponés los gastos, yo te apoyo”.

Pedro se sintió muy entusiasmado. De inmediato convocó a una reunión a donde llegaron los maestros sin faltar ni uno. También llegaron la mayoría de los padres. Todos tenían curiosidad de saber qué era lo que este nuevo maestro tenía que hablarles. Su madre quería ayudarlo y le preparó tamales y fresco de súchiles que Pedro pagó con su primer salario.

Pedro empezó por preguntar si alguno sabía qué era la Reforma Educativa. El silencio se apoderó de la sala a pesar de que los que allí estaban presentes estaban muy cerca de la escuela y de la educación.

Entonces Pedro, buscó las palabras más sencillas que pudo para explicarles:

#

tomar conciencia de la importancia de la educación para mejorar nuestra calidad de vida y que, a través de una educación de calidad, se deseaba construir un mejor país, donde todos los guatemaltecos tuviéramos mejores oportunidades. Un país donde hubiera más equidad. Esto conmovió a los asistentes. Muchos siempre habían pensado que si deseaban tener mejores oportunidades lo mejor era irse de Guatemala. Ahora Pedro les decía otra cosa: juntos podían construir el país que siempre habían soñado, apoyando la educación. Eran ideas nuevas que sembraban en sus cabezas muchas inquietudes.

“Pero, ¿qué es equidad?”, preguntó Rigoberto el carnicero.

Pedro se rascó la cabeza, intentando encontrar las palabras más apropiadas.

“Equidad es... Lo que sucede es que en Guatemala todos somos ciudadanos

“La Reforma Educativa es como una mesa, donde la parte de arriba son todas las condiciones que ya hemos hablado. La calidad educativa son las patas de esa mesa. Todas son necesarias para que la mesa se sostenga”.

La Reforma Educativa es un proceso de transformación del sistema educativo en Guatemala, que se quería ir construyendo paso a paso con la participación de muchos sectores de la población guatemalteca, incluyendo a los maestros, padres de familia y autoridades.

Aquí muchos padres se interesaron, porque nunca habían pensado en estos temas. ¿Para qué era necesario cambiar la educación en Guatemala? ¿Cómo podían ellos colaborar con esos cambios?

Pedro aprovechó el interés para explicarles que los guatemaltecos debíamos

y deberíamos contar con las mismas oportunidades. Pero en nuestra historia eso no ha sucedido así. Algunos nos hemos sentido excluidos en nuestra propia patria. Eso debe cambiar y la mejor manera de cambiarlo es si nos educamos. Por eso tener acceso a una buena educación es una enorme oportunidad para cambiar las vidas de cada uno y la de nuestra nación. La Reforma Educativa abre la puerta para que ello suceda, pero es importante que cada uno de nosotros podamos ver esta puerta abierta”.

“Lo que pasa”, continuó Pedro, “es que la educación debe servir para

formar a las nuevas generaciones para la paz y la democracia". Así, cada niño y cada niña se convertirán en ciudadanos que apoyen el sueño de un país con igualdad de oportunidades para todos.

También les explicó que mediante esta reforma, se deseaba que las culturas propias de Guatemala se desarrollaran, promoviendo el conocimiento de las tradiciones, los idiomas y la historia de los Cuatro Pueblos que conformaban nuestro país.

"¿Cuatro Pueblos?", preguntó una señora. "Sí", contestó Pedro, "en este país convive gente de cuatro distintos pueblos: el maya, el ladino, el garífuna y el Xinca". A todos les gustó mucho saber este dato y no paraban de preguntar. "¿Dónde viven los garífunas?", "¿Cómo se visten y qué comen?", "¿Y los Xincas?, ¿Qué idioma hablan?"

Pedro les explicó que mediante la Reforma Educativa se reconoce el profundo valor que tiene la diversidad cultural, étnica y lingüística en nuestro país y cómo el sistema educativo debe fortalecer esta diversidad. Les recordó que tener una educación bilingüe era un gran logro para pueblos tales como el Chuj.

Esta manera de ver las cosas era nueva para ellos: nunca les habían enseñado a pensar que su idioma o su cultura fueran valiosas. De hecho, durante muchos años, parecía que su diferencia con el mundo ladino era motivo de su atraso y pobreza.

En este momento a Pedro se le alumbró la cabeza y pensó que no había que perder la oportunidad:

"¿No creen ustedes que sería hermoso invitar a nuestro pueblo a niños y niñas de estos Cuatro Pueblos y así conocer mejor cómo somos los guatemaltecos?"

La gente no cabía en sí de entusiasmo. Todos querían hablar al mismo

\$

tiempo. Claro que querían que trajeran a estos niños. "Qué bueno sería que nos enseñaran algunas de sus comidas, su música, sus bailes", opinó doña Romelia.

"Pues esta actividad puede ser parte de un hermoso proyecto que quiero plantearles dijo: he visto con tristeza que muchos están muy distanciados de las tradiciones de nuestro pueblo. Aparte, desconocen lo que ha pasado a través de los años y no pueden ver las riquezas que tiene nuestra cultura. Yo quería invitarlos a que juntos hagamos en la pared de la Municipalidad un mural que cuente nuestra historia, para que nunca la olvidemos. Para hacerlo podemos invitar a unos pocos niños y niñas de los Cuatro Pueblos de nuestro país y así hacemos dos cosas al mismo tiempo: por un lado recordamos lo que es nuestro y por el otro, podemos conocer mejor nuestro país".

"Pero, ¿qué obtendrás tú con todo esto?", preguntó Emiliana, una de las maestras más antiguas de la escuela.

"Gracias por preguntarlo", contestó Pedro. "Lo que yo deseo con todo mi corazón es que todos los que estamos presentes nos esforcemos por conocer mejor lo que es la Reforma Educativa, para que hagamos de nuestra escuela algo mejor, en bien de los niños y de las niñas. Podemos divertirnos y al mismo tiempo aprender."

Algunos se entusiasmaron al ver qué buen ánimo tenía Pedro y cómo hacía tanto esfuerzo por lograr lo que quería. Otros lo vieron con malos ojos, pues ya desde el principio tenían pensado cerrar los oídos a todo aquello que fuera nuevo y pusiera en entredicho lo que ellos ya sabían.

Como Emiliana era muy querida y respetada en el pueblo, ella pensó que era importante tomar la palabra: "Pedro, qué bueno que tienes tantas ganas de ayudar. Yo estoy dispuesta a apoyarte. Ya que estamos aquí,



empecemos con lo que quieres enseñarnos y luego, podremos platicar de tu lindo proyecto, donde aprenderemos tanto”.

Se hizo un gran silencio. Nadie se atrevió a contradecir lo dicho por Emiliana y Pedro empezó a explicar lo que quería decirles:

“Ya les he explicado que con la Reforma Educativa se busca crear un país con más equidad por medio de la educación. Ya sabemos que eso sólo se logrará con el aporte de toda la comunidad educativa. Pero lo más importante y que no hemos hablado, es que para cambiar nuestras vidas y a nuestro país, lo fundamental es una educación de calidad para los niños y las niñas de Guatemala.”

“¿Pero qué es eso de la educación de calidad”, se animó por fin a preguntar la mamá de Juanito, el niño más travieso de la escuela.

&

capacitaciones y elevar nuestro nivel académico para ser mejores maestros”.

La respuesta negativa de algunos de los presentes no se hizo esperar: “Pero si nosotros ya somos profesionales. ¿Por qué se nos va a exigir que sigamos estudiando? ¿Acaso somos patojos, pues?”

Pedro intentó explicarles que, en el mundo moderno, todos tienen continuar educándose a través de la vida. Siempre hay cosas nuevas que aprender, especialmente cuando uno es maestro y debe ayudar a los niños y las niñas a que conozcan más cosas y estén bien preparados para el futuro. Un maestro que no mantiene vivo su interés por aprender, no va a ayudar a sus alumnos a superarse. Aparte, siempre se están creando nuevos métodos para enseñar a los niños y las niñas. Conocerlos es importante.

Al día siguiente, Pedro se sentó a escribir su propuesta. Se invitaría a cuatro niños, uno de cada uno de los Cuatro Pueblos de Guatemala. También se escogería a los cuatro niños con mayor mérito en la escuela para que representaran a San Mateo Ixtatán. Los ocho niños convivirían durante una semana. Pintarían el mural y juntos trabajarían con Pedro para pensar en cómo se imaginaban el futuro de su pueblo.

“La Reforma Educativa es como una mesa, donde la parte de arriba son todas las condiciones que ya hemos hablado. La calidad educativa son las patas de esa mesa. Todas son necesarias para que la mesa se sostenga”.

“La primera pata de una educación de calidad es la profesionalización de los maestros. Esto significa que nosotros, los que enseñamos, tenemos la responsabilidad de seguir estudiando y prepararnos siempre. Recibir

Sin dejar que lo siguieran interrumpiendo, Pedro continuó: “La segunda pata de la mesa, es la reforma curricular”. Muchos de los presentes, tanto padres, como maestros no sabían qué significaba esta frase tan peculiar: “reforma curricular”.

Pedro les explicó que el Ministerio de Educación había hecho el esfuerzo de revisar el currículo nacional base, para reformarlo y adecuarlo a las

“Si los que educamos a los niños no nos proponemos metas, entonces andamos perdidos. Es como el que se mete a la montaña sin guía y sin brújula. Se pierde. Cuando sabemos qué queremos de los niños y las niñas es más fácil ayudarlos para que lleguen lejos. Porque todos queremos que nuestros alumnos lleguen lejos. ¿No es cierto?”

necesidades que actualmente tienen los niños y las niñas en Guatemala. “Se busca que nuestros alumnos estén en un mejor nivel de educación al estudiar y aprender conforme los avances del conocimiento en el mundo. Ya no podemos vivir aislados, como si estuviéramos solitos en todo el planeta.”

Muchos preguntaron entonces qué era el “currículo nacional base” y Pedro se rió. “La frase parece difícil”, les dijo, “pero significa una cosa bastante simple: se trata de los conocimientos que queremos que tengan nuestros niños y niñas cuando salgan de la escuela. Si los conocimientos que les damos no son los adecuados, de nada servirá que vengan a estudiar.”

Aquí muchos padres alzaron las cejas con asombro. Ellos habían pensado que ir a la escuela era sólo un requisito sin mucha importancia. Por supuesto que sabían que leer y escribir les serviría mucho. También los rudimentos de la matemática. Pero, nunca imaginaron que todos los conocimientos de la escuela eran importantes y que el Ministerio se había puesto en el trabajo de estudiar y reformar estos contenidos. Ahora lo que enseñaban en la escuela a sus hijos empezó a parecerles más interesante.

“La tercera pata de la mesa”, continuó Pedro, “son los “estándares educativos” a los que también se les llama “aprendizajes esperados”. Ahora sí, los presentes se quedaron con la boca abierta. Nadie sabía de qué estaba hablando Pedro. Él se rió con mucha picardía y les confesó que a él también

le había costado mucho entender lo que significaban estas palabras.

“Pero voy a tratar de hacerlo fácil para ustedes: A ver... Don Anselmo, ¿para qué siembra usted sus semillas?” Don Anselmo se rascó la cabeza porque la pregunta era demasiado fácil y no sabía si quedaría en ridículo al contestarla así nomás. Al fin se animó y dijo: “Para cosechar mis buenas mazorcas de maíz”. “Pues ya ve”, contestó Pedro. “Usted siembra y espera un resultado. Igual pasa con la educación. El maestro enseña y luego espera como resultado que los niños aprendan. Los estándares educativos son una forma de decir: queremos que cuando termine el año, nuestros niños hayan aprendido esto, esto y esto...”

“Ve pues, dijo doña Lencha”, tanta palabra extraña para decir eso tan simple.

“Usted tiene razón”, señora. “Es muy simple, pero no por eso menos importante”, continuó Pedro. “Si los que educamos a los niños no nos proponemos metas, entonces andamos perdidos. Es como el que se mete a la montaña sin guía y sin brújula. Se pierde. Cuando sabemos qué queremos de los niños y las niñas es más fácil ayudarlos para que lleguen lejos. Porque todos queremos que nuestros alumnos lleguen lejos. ¿No es cierto?”

“La cuarta pata de la mesa son las evaluaciones”, siguió Pedro. “Esto significa que cada cierto tiempo vamos a examinar a los niños y las niñas

para saber qué es lo que saben.”

“Ah... qué bueno que ya terminó”, don Pedro, dijo entre bostezos don Benjamín. “Ya hace hambrita por aquí.”

“Pues fíjese que no”, don Benjamín. “Aunque le parezca extraño ésta es una mesa de cinco patas”. Todos los que estaban presentes se rieron a carcajadas. Nunca habían visto una mesa de cinco patas.

“La quinta pata son los recursos que necesita la escuela: libros de texto, buenas instalaciones de la escuela, material didáctico”...

“¡Ay Dios”, exclamó don Rogelio. “Si a eso vamos, ¿cuándo tendremos una educación de calidad?”

“Pues ya ve. Si sabemos que lo necesitamos, será más fácil que nos pongamos de acuerdo en solicitarlo a las autoridades o buscar la manera de obtenerlo. La cosa es que la educación de los niños y de las niñas no se vea afectada por estas carencias”. Esta idea dejó pensando a don Rogelio, quien tuvo que confesarse a sí mismo que muchas veces, ante tanto obstáculo para obtener los recursos para la escuela, ya no los peleaba como debía.

Pedro se dio cuenta que ya la reunión se había hecho larga, así que terminó con su plática e invitó a todos a comer, lo cual disfrutaron mucho. Lo que a Pedro más le gustó es que, durante la comida, conversaban de la Reforma Educativa y de la calidad en la educación, temas de los que nunca antes habían escuchado hablar. Él aprovechó para conversar más sobre el proyecto, hasta que tuvieron claro qué iban a hacer.

Al día siguiente, Pedro se sentó a escribir su propuesta. Se invitaría a cuatro niños, uno de cada uno de los Cuatro Pueblos de Guatemala. También se escogería a los cuatro niños con mayor mérito en la escuela para que representaran a San Mateo Ixtatán. Los ocho niños convivirían durante una semana. Pintarían el mural y juntos trabajarían con Pedro para pensar

en cómo se imaginaban el futuro de su pueblo. Todo lo compartirían con los padres de familia y las autoridades del lugar. Los maestros ayudarían.

La gestión de Pedro fue enviada con toda diligencia al Ministerio de Educación, donde pasó largas semanas sumergido en una pila de expedientes, porque al Ministerio siempre llegaban miles de solicitudes. Pero la suerte acompañó el sueño de Pedro. Cuando la Ministra leyó su petición, le pareció tan interesante y distinta a lo que recibía todos los días que se entusiasmó: “Jovita, esta gestión merece mi atención personal. Inicie los arreglos para que podamos realizarla. Debemos escoger a los niños y organizar todo este maravilloso evento. Además, deseo llegar para el día de la inauguración del mural, pues me parece que el resultado será importante.”

III

A partir de ese momento, la gestión de Pedro fue viento en popa. La Ministra ordenó a su asistente ubicar a los niños y las niñas que participarán en el proyecto. Deberían venir de cada uno de los Cuatro Pueblos que conforman la nación guatemalteca y ser muy buenos estudiantes.

El primero que recibió la noticia fue Julio, un niño xinca que vivía en una finca de café en las faldas del volcán Tecuamburro. A él le gustaba mucho la escuela, aunque a veces le costaba asistir: en la región donde él vivía las familias tenían que trabajar durante la temporada de corte, ya que era el único tiempo en el año en que podían reunir dinero adicional para sus necesidades. El día que la notificación de su participación llegó a la escuela, Julio andaba en el corte del café y sus maestros no sabían cómo localizarlo. Marta, su maestra, lo quiere mucho y no dudó un momento: buscó cómo subirse a uno de los pick ups que llevan a los mozos, adentrándose en las altas montañas



VARAD 2001

de la finca. Cuando Marta le anunció a los padres de Julio sobre este gran viaje al que estaba invitado, en un primer momento se asustaron y no querían dejarlo ir: ¿cómo va a viajar solo su niño hasta ese lugar tan lejano? Aparte está el tema del trabajo. Su padre piensa que Julio ya tiene doce años y debe aprender a trabajar. Dejar la temporada de corte por un viaje, al cual no le ve un propósito práctico, no le parece lógico. Marta hizo su mejor esfuerzo para convencer a los padres: ella estaba también invitada y cuidaría del niño. Finalmente, a regañadientes, los padres aceptaron ya que Julio no cabía en sí de entusiasmo al pensar en esta aventura. De una vez tomó sus cosas y regresó con su maestra a su aldea, donde se terminarían de hacer los arreglos, ya que sólo faltaban dos días para el viaje. Julio y su maestra se pusieron a pensar qué podrían llevarle a la gente de San Mateo que representara su cultura. Se acercaron a los ancianos de su comunidad, quienes con pena les explicaron que no había ya mucho que rescatar. Su idioma era recordado sólo por los más viejos y de sus costumbres casi no quedaba nada. Estaban muy tristes, hasta que Julio pensó que él podría explicarles cómo cultivaban el café en estas tierras. Era todo un arte. También llevarían granos del mejor café para ofrecerles una tacita.

La segunda niña que recibió la notificación fue Yasmin. Ella vivía en Livingston y era hija de un pescador anzuelero. Victoria, su madre, es muy alegre y cuando supo la noticia se puso a bailar de la alegría. Cuando la vieron bailando, Tono y Oswaldo, sus dos hijos grandes no dudaron en agarrar unos botes vacíos para acompañarla con el ritmo pegajoso de la punta, un baile que se llama así, quizá porque se baila con las puntas de los pies. Yasmin se les unió y, al rato, se había armado una linda fiesta, pues llegaron las dos vecinas con sus niños. Cuando Anselmo, el padre de Yasmin, regresó de la faena en el mar, venía muy contento, pues traía varios

jurelitos y dorados para la cena. Pero cuando le contaron la noticia, puso un grito en el cielo: su hija no viajaría sola. Era muy peligroso para una mujercita que debe estar siempre en su casa, al abrigo de sus padres. Si hubiese sido un varón... otra cosa sería. En vano fueron las súplicas de la madre y de su maestra Carmela, que viajaría con ella. Su padre no cedió. Después de pensarlo mucho, Victoria decidió que no permitiría que su hija perdiera esta oportunidad. Bajó de lo alto de la alacena una cajita donde guardaba los ahorros que hacía vendiendo pan de coco y le habló a Anselmo su marido. Ella viajaría con la niña, pagando sus propios gastos. De esta manera la niña podría asistir. Anselmo que tenía un corazón muy dulce, entendió el deseo de su mujer y de su hija y se decidió a permitir el viaje. A partir de allí ya todo fue movimiento. Los preparativos incluyeron rico pan de coco para llevar de regalo a San Mateo, los trajes que las mujeres garífunas utilizan para sus hermosas danzas y un par de buenos tambores para acompañarse.

En la Antigua Guatemala, Felipe vivía con su abuela en una granjita justo en las faldas del volcán de Agua. Cuando les llegó la notificación, aunque el niño se puso muy feliz, también le entró una gran preocupación, pues vivía solo con la anciana. ¿Quién podría cuidarla mientras él estaba fuera? Todos los días, él le hacía las compras y ayudaba a limpiar la casa. Como ella no podía leer porque sus ojos estaban casi ciegos, él era su apoyo para comprender muchas cosas: las recetas de cocina, las instrucciones de las medicinas y hasta las noticias del periódico. Sin su ayuda, la abuela no sabría qué hacer y se sentiría muy sola. Estaba a punto de decir que no aceptaba, cuando su abuela lo llamó y le dijo: "Mijo, vos tenés que ir y no pensés en mí. Yo ya estoy vieja y aprecio mucho tu ayuda y compañía, pero si te quedás sin ir, causa mía, no voy a tener sosiego. Mejor andate y gozá que estás patojo. Yo me voy a apoyar con las vecinas. Doña Chona y la Margó no me



dejarán pasar penas”.

Felipe no cabía en sí de gozo. Viajaría con Mario su querido maestro que siempre lo apoyaba en su sueño secreto: cuando fuera grande sería periodista. Mario siempre le pedía que hiciera pequeños reportajes de las cosas que pasaban en la escuela y en su cumpleaños le había regalado una cámara. El viaje sería importante para Felipe, pues significaba la oportunidad de realizar su primer gran reportaje y su maestro le había prometido ayudarlo.

Cuando la noticia le llegó a Jacinta en la escuela de Sololá, salió corriendo al puesto de mercado donde Remigio, su padre, alquilaba trajes de moros para las fiestas. Le contó sobre el viaje que estaba invitada a realizar y no paraba de hablar. Su papá se interesó mucho por el proyecto ya que él antes había sido maestro; trabajo que había abandonado cuando murió su papá y le dejó el negocio en el mercado. De inmediato se le ocurrió que esa era una buena oportunidad para él también y que haría el esfuerzo de acompañar a su hija. Así que juntos Jacinta, su papá y la señorita Matilda hicieron los preparativos para llevar a San Mateo algunas cosas que hablaran de sus tradiciones. También les llevarían muchas fotografías del bello lago de Atitlán del cual estaban tan orgullosos.

Los cuatro niños iniciaron el viaje desde todos los puntos cardinales de Guatemala para encontrarse en la ciudad de Huehuetenango donde se reunirían para la parte final del viaje.

Por su lado, en San Mateo, todo se volvió un hormiguero. Se debía tomar muchas decisiones: dónde se hospedarían los niños, dónde se realizaría el mural. Los ancianos se reunieron para pensar en la historia de su pueblo, hacer remembranzas empolvadas.

Francisco Pascual, el Alcalde de San Mateo fue el primero en ofrecerse: Yo recibiré en mi casa a uno de los niños y a su maestro. Para no quedarse

atrás, el Director de la Escuela fue el segundo que manifestó: yo puedo recibir a otro de los niños y también a su maestra. Mi mujer y mis hijas harán los arreglos para que se sientan muy cómodos en la casa que es grande. Pedro no quería perder la oportunidad de tener a uno de los niños en su casa y también ofreció dar hospedaje, aunque en su casa estaban ya bastante apretados. En su caso le tocó acoger a Jacinta, a su maestro y a su padre. Solamente quedaba encontrar casa para Yasmin, su madre y su maestro. Todas las casas de San Mateo eran muy pequeñas e incómodas. La mayoría de vecinos no se sentían con ánimo de ofrecer su casa, no porque no quisieran, sino porque sentían pena de que ellos no fueran a estar bien, y es que venían de tan lejos: de un lugar a la orilla del mar.

Entre todos pensaron en una solución: arreglarían dos aulas de la escuela para acomodarlos. Los vecinos ayudarían prestando las camas y todas las cosas necesarias. Además, las señoras se turnarían para cocinarles. Todo iba a resultar muy bien.

A pesar de lo mucho que iban avanzando, parecía que el proyecto no terminaba de cuajar: ¿Dónde conseguirían las pinturas para el mural? ¿Quién dibujaría el bosquejo sobre el cual pintarían los jóvenes? ¿Cuáles serían los pasajes de la historia que se deberían escoger?

Para Pedro todas estas interrogantes eran pequeñas preocupaciones que confiaba resolver. Lo que más le preocupaba era cómo haría para que este evento sirviera para impulsar los cambios que desea en su escuela, pero también en otras escuelas. Aparte, la visita de la Ministra lo tenía nervioso, ya que su más profundo deseo era que ella se llevara el mensaje de que muchos maestros sueñan con una educación mejor para los niños.

Cuando su madre lo vio tan preocupado le dijo que lo que pasaba era que él se estaba echando toda la carga encima, sin pensar en que todo el



pueblo quería ayudarlo y participar. Lo que él tenía que hacer era tener la inteligencia de hacer que todos tuvieran algo que hacer. Pedro se admiró, como siempre, de que su madre fuera tan inteligente y de que siempre pudiera ver claro donde él veía todo enredado.

Su principal tarea fue entonces sentarse a pensar cómo hacer para que todos participaran y lo ayudaran a sacar adelante su proyecto.

Los ancianos y las mujeres pronto se organizaron para recordar la historia del pueblo. Benita, la mujer de Joaquín el carpintero, era buena dibujante y, mientras los ancianos hablaban, ella iba creando bellas imágenes de cada uno de los pasajes de la historia del pueblo. Se le ocurrió que el mural quedaría muy bello si como fondo usaban los motivos del güipil de San Mateo. Estuvieron de acuerdo con la propuesta, porque si algo los hacía sentirse orgullosos, era ese maravilloso güipil que a cada mujer le tomaba casi seis meses bordar.

En esos días, mientras hablaban de la historia del pueblo, una cuestión se fue volviendo clara: habían vivido muchas vicisitudes para las cuales no estaban preparados porque no tenían educación. Pensaron cómo habría sido su historia si hubiesen tenido más médicos y comadronas, si hubiesen conocido mejor cómo generar riqueza para ser menos pobres, si algunos de ellos hubieran sido buenos abogados para defender los derechos de la comunidad, si las autoridades que los gobernaron también hubieran sido más capaces y ellos hubiesen participado más en las cosas de interés para el municipio. Llegaron a la conclusión que los niños y las niñas, los jóvenes, bien merecían crecer en un pueblo mejor y que quizá Pedro tenía razón: una educación de calidad haría la diferencia aunque tomara tiempo.

Otro grupo se encargó de planificar las celebraciones. Organizaron rifas para conseguir dinero. Aparte, muchos dueños de tiendas y otros comercios

1
4

les obsequiaron alimentos y bebidas, cohetillos y mucho papel de colores para decorar. Una comisión viajó a la cabecera departamental y consiguió las pinturas para el mural.

Finalmente, Pedro tuvo una gran sorpresa: la maestra Emiliana fue a visitarlo y se ofreció para organizar a los maestros en grupos para presentar, durante el evento, cada uno de los elementos de la calidad educativa. Así, al final, conocerían bien de qué se trataba y habrían pensado cómo hacer que en su comunidad, esa mesa de cinco patas pudiera empezar a hacerse una realidad.

“Gracias, Emiliana” le dijo Pedro, “no sabés lo que siente mi corazón, pues hasta hoy me sentí muy solo con mi sueño”.

“Gracias a vos, Pedro” le contestó Emiliana, “por recordarnos lo hermoso que es ser maestro. Te aseguro que muchos de nosotros ya lo habíamos olvidado”.

IV

AFANADO por los preparativos, a Pedro se le había olvidado escoger a los cuatro niños que representarían a San Mateo y no se acordó sino hasta el momento en que se presentó un grupo de madres de familia a preguntarle por este detalle, ya que entre ellas se habían pasado las últimas semanas especulando si sus hijos serían los escogidos.

Pedro corrió a reunirse con don Rogelio y el claustro de maestros para conversar sobre este importante tema. Todos pensaban que lo mejor sería escoger a los niños y niñas más aplicados. Pedro tenía otra cosa en mente: “Pidamos a los niños y las niñas juntarse en equipos de cuatro. Cada equipo construirá una escuela imaginaria. La escuela que todos deseamos para San Mateo. Les daremos una semana para hacerlo. El domingo, veremos qué han



hecho y escogeremos al equipo ganador. La premiación se hará el primer día del evento. Los niños que puedan soñar con la escuela que a la comunidad educativa le guste más, serán los que nos representen". A todos les pareció muy emocionante la idea de Pedro y el pueblo se animó todavía más.

Los niños y las niñas se metieron de lleno en el asunto. Muy pronto se armaron los equipos y se sentaron a pensar esa pregunta que nunca se habían hecho antes: ¿Cómo debería ser la escuela?

Uno de los equipos pensó sólo en la diversión: una escuela tendría que tener más espacios para jugar. Grandes patios y lugares para jugar fútbol y otros deportes. Así los niños y las niñas siempre querrían venir a la escuela.

Otros pensaron al revés: la mejor escuela sería aquella que pusiera muchas tareas y donde los niños y las niñas no se distrajeran nunca del aprendizaje escolar. Según pensaron, a padres y maestros les gustaría una escuela así, aunque a los alumnos no les gustara tanto.

Un equipo, sin embargo, pensó que no importaba si ganaban o no la competencia. Lo que realmente importaba era pensar claramente. ¿Cómo debía ser la escuela? Después de mucho hablar, no encontraban la respuesta. Entonces, pensaron en dividirse e ir a preguntar a otras personas, a ver si sacaban algo en claro.

A Ramón le tocó hablar con los ancianos que eran los líderes más respetados de la comunidad. Ellos dijeron: "Nosotros sentimos en nuestro corazón que

es importante recordar y preservar nuestra sabiduría y tradiciones. Hoy vemos a muchos jóvenes que ya no saben quiénes son. Si no sabemos de dónde venimos, ¿cómo sabremos a dónde debemos ir? ¿Podría la escuela servir para eso? Así, la sentiríamos nuestra."

Matilda fue a hablar con el grupo de padres y madres que estaba reunido haciendo los preparativos para el evento. Cuando les hizo la pregunta, ellos se quedaron pasmados. Nunca se habían preguntado eso. Después de pensarlo un rato, los padres y las madres contestaron: "Queremos que la escuela enseñe a nuestros niños y niñas a construir un mejor futuro. Así no tendrían que irse."

Marcos habló con otros niños. Ellos contestaron: "Queremos aprender haciendo cosas interesantes". "Además..." añadió una niña muy lista, "los niños tenemos gran imaginación, pero casi ningún maestro nos deja usarla. Sería lindo una escuela donde los niños y las niñas pudiéramos dejar que nuestra imaginación volara."

Finalmente, Eulalia habló con Mario, el profesor de quinto grado, quien dijo: "La mejor escuela es la que enseña el valor del esfuerzo y la disciplina."

Al final, los niños pensaron que había alguien interesante a quien podrían preguntarle. Se trataba de Miguel, quien había vivido muchos años en el extranjero y que contaba siempre historias increíbles de lo que sucedía fuera

Llegaron a la conclusión que los niños y las niñas, los jóvenes, bien merecían crecer en un pueblo mejor y que quizá Pedro tenía razón: una educación de calidad haría la diferencia aunque tomara tiempo.

de San Mateo. La respuesta de él fue muy simple: “La mejor escuela es la que enseña a los niños y a las niñas a pensar por sí mismos. Así podrán sentirse libres.”

El equipo de niños estaba muy confundido. Por un lado habían aprendido mucho. Pero... cada quien tenía una opinión tan diferente y todas parecían importantes y valiosas. Así que trabajaron sobre una idea: la escuela es de todos. A partir de esta idea hicieron una escuela tan hermosa, que cuando la vieron los habitantes del pueblo se quedaron enamorados. Esa era la escuela con la que soñaban: una escuela que fuera para todos y que sirviera para que la comunidad pudiera realizar sus diferentes anhelos. Pedro estaba especialmente conmovido, pues con una escuela así, las transformaciones

con música de marimba, comida y cohetillos. El equipo de niños y niñas de San Mateo estaba listo para ayudar a cada uno de los visitantes y sus acompañantes a instalarse. Cuando bajaron del bus, los recibieron con gran algarabía.

Durante la tarde, Pedro explicó cuáles serían las actividades de la semana: los niños y las niñas pintarían el mural durante la mañana. Por las tardes cada uno de los visitantes haría una presentación de su región y, al finalizar, cada grupo de maestros explicaría cada uno de los elementos de la Reforma Educativa. Cuando Pedro estaba explicando esto, Emiliana lo interrumpió para contar que los maestros habían decidido construir en el patio de la escuela una gran mesa de cinco patas, símbolo que serviría para

El equipo de niños estaba muy confundido. Por un lado habían aprendido mucho. Pero... cada quien tenía una opinión tan diferente y todas parecían importantes y valiosas. Así que trabajaron sobre una idea: la escuela es de todos.

serían fáciles, pues se trataba de una escuela viva que se nutría con los intereses y los sueños de todos. Este equipo de niños y niñas merecía representar a San Mateo.

Ya para mediodía, llegó el bus donde venían los niños y las niñas de los Cuatro Pueblos de Guatemala acompañados de sus maestros y de los dos padres de familia que se habían decidido a acompañar al grupo. Durante el camino, se habían hecho amigos y estaban muy contentos, esperando la llegada al pueblo.

Los habitantes de San Mateo esperaban frente a la Municipalidad

que pudieran recordar siempre su compromiso con este sueño. Este trabajo lo harían mientras los niños y las niñas pintaban el mural.

Los presentes se alegraron de que cada quien estuviera contribuyendo con tanto regocijo para hacer de este evento algo memorable. Martín el papá de Pedro, escuchaba desde su lugar entre el público y no dejaba de pensar en lo importante que había sido su decisión de educar a su hijo. Hoy él estaba empujando un cambio importante en su comunidad.

Los días fueron pasando llenos de actividad y entusiasmo. El mural se llenaba de colores que iluminaban los momentos históricos más importantes:

la época precolombina con sus hermosos glifos que narraban la gloria de sus gobernantes, su sabiduría de los astros y de la medicina. Luego, la época colonial cuando se construyó la magnífica iglesia que era orgullo del pueblo y de donde venía el sincretismo religioso que era hoy parte de su cultura, y así, uno a uno los eventos que habían dejado huella en los habitantes. Al final solo iba quedando el espacio final: ¿Cómo soñaban los chujes que sería el futuro?

Esta era la única parte del mural que no tenía plasmado un bosquejo, pues habían pensado que sería mejor dejarlo para el final: decidir qué debía ir en esta última parte de la bella obra que sería una inspiración.

Por las tardes, el pueblo entero se reunía: presenciaron los bailes de Livingston y les picaban los pies por bailar con los tambores que trajeron los garífunas. Pudieron probar el famoso pan de coco que habían traído Yasmin y su mamá. Estaban maravillados de este sabor tan extraño, pues el coco no llegaba mucho por estos lugares montañosos. También estaban maravillados al escucharlas hablar en su idioma, tan melodioso.

Al día siguiente, tocó realizar el baile del venado, con las máscaras y trajes de moros que habían traído Jacinta y su papá. Pudieron ver las fotografías del Lago de Atitlán y se sintieron muy orgullosos de vivir en un país que tenía el lago más bello del mundo.

Felipe y su maestro hicieron una exposición de fotografías de las procesiones de la Antigua, y con aserrín de colores enseñaron a los presentes a hacer una gran alfombra. Los padres de familia aportaron flores y frutos y, así, la alfombra tomó un sabor especial. Luego degustaron sabrosos dulces típicos de los que se fabrican en La Antigua. Felipe no dejaba de tomar fotos y apuntes de lo que pasaba, pues al final realizaría su gran reportaje.

Al final, le tocó el turno a Julio y a su maestra. Se sintieron muy tristes al

no poder presentar ningún elemento propio de su cultura. A pesar de ello, la experiencia fue importante para los habitantes de San Mateo, especialmente aquellos que no apreciaban lo que tenían, pues de repente se dieron cuenta de su gran riqueza y eso les dio un sentido de pertenencia que antes no habían experimentado.

De todas maneras, Julio quiso aportar algo: les habló de la extraordinaria tradición que es el cultivo, corte y procesamiento del café. Es una gran riqueza de nuestro país. A continuación probaron una tacita de café que les pareció más sabrosa, luego de comprender el arte tan delicado que la hacía tan especial y que era patrimonio de Guatemala.

Después de cada uno de estos actos tan hermosos, la comunidad se sentaba en el salón grande de la Municipalidad, allí donde cada día el mural iba tomando forma y escuchaba atenta a los maestros. Cada día, el diseño de la Reforma Educativa se hacía más claro. Hablaron de cómo Guatemala era un país donde mucha gente vivía aislada y sin oportunidades. “En nuestro país muchos no han tenido acceso a las oportunidades”, explicaba Pedro. “La educación puede ser la llave que nos ayude a cambiar esta situación. Todos podemos tener oportunidades, pero una educación de calidad nos brindará una mejor calidad de vida y ayudará a que podamos cambiar.”

También reconocieron que las culturas de los Cuatro Pueblos eran importantes y que por ello una educación que fortaleciera los idiomas y las culturas era a lo que debíamos aspirar.

Habían comprendido también que la escuela era de todos y que por ello debían participar en construirla.

Los maestros iban haciendo día a día la enorme mesa del patio con adobes que cada uno había elaborado. Primero colocaron, una a una, las cuatro primeras patas que representaban la calidad educativa.

La
Escuela
imaginaria
Reforma:
- [illegible]
- [illegible]
- [illegible]



Finalmente llegó el quinto día. Ese era el día en que no solamente colocarían la quinta pata sino la tapa de la mesa que simbolizaba la Reforma Educativa en sí misma, con su promesa de lograr equidad para nuestro país y con ello transformación del destino de niños y niñas por medio de la educación.

Era el día más importante pues también se terminaría el mural con ese último elemento que todavía estaba por ser definido. El pueblo de San Mateo haría una fiesta para sus invitados y llegaría la Ministra para presenciar el acto. Todas las mujeres estaban bien engalanadas con sus trajes y tocados maravillosos. El lugar se llenó de amarillos y rojos y hasta las jovencitas que se paseaban por el parque en sus pantalones de mezclilla y tacones a la moda, hoy estaban preciosas con su pelo recogido y muy orgullosas de su güipil. Estaba lista la marimba y en las grandes ollas borbollaban ricos

amigos, pero sobre todo, aprendiendo cómo podemos hacer para tener una vida mejor por medio de la educación. También hemos casi terminado este hermoso mural de nuestra historia y es hora de soñar con el futuro: ¿Qué vamos a pintar al final del mural?”

Uno de ellos dijo: “Una gran fábrica. Si pusieran una en San Mateo todos tendríamos trabajo”. Muchos pensaron que era razonable, pero no llenaba el corazón.

Una señora mencionó: “En San Mateo no tenemos un centro comercial moderno... He visto en la cabecera cómo se divierten allí: hay cine y otras cosas... deberíamos tener uno. ¡Soñemos con eso!”. La propuesta sonaba atractiva... pero sabían que eso no cambiaría las cosas.

Finalmente, se levantó Ana, la madre de Pedro y habló. “Durante todo este

Luego pusieron la parte de encima de la mesa: la Reforma Educativa impulsada por todos ayudaría a cambiar la suerte de los guatemaltecos y transformaría nuestra nación.

tamales hechos al estilo de San Mateo, para el almuerzo. Los hombres vestían con sus capishay oscuros y estaban listos para rematar la fiesta contando hermosas tradiciones y cuentos.

Cuando sonó la campana de la escuela, se juntaron en el Salón Municipal. Debían decidir lo que habría de pintarse como elemento último del mural: ¿cuál era el sueño para el futuro de San Mateo? Pedro estaba al frente y cuando todos hicieron silencio dijo: “Estos días, hemos estado juntos compartiendo, aprendiendo a conocer a nuestros hermanos de los Cuatro Pueblos que conforman nuestra nación y, comprendiendo que podemos ser

tiempo, mi hijo ha intentado decirles cosas importantes y sé que sus palabras han entrado en el corazón de muchos. Ya no sigamos sordos y ciegos a sus palabras. Lo que necesitamos colocar allí es la escuela que los niños de San Mateo construyeron: una escuela que sea nuestra. Una escuela que podamos sentir que es de todos”.

Cuando Ana terminó de hablar, se quedaron en silencio. Los padres de familia pensaban. Los maestros pensaban. Los ancianos pensaban. Fue Emiliana quien empezó a aplaudir y poco a poco todos se le unieron. El futuro soñado por San Mateo era una escuela que transformara la vida.



Juntos podrían construirla. Sin más dudar, los niños y las niñas pintaron esa maravillosa escuela y el mural quedó terminado.

Ya para mediodía, el sonido del helicóptero sacudió al pueblo. Se levantó una enorme nube de polvo y tuvieron que buscar resguardo. Los niños estaban fascinados viendo este aparato volar. Cuando bajó hasta el suelo, corrían para verlo de cerca y tocarlo. La Ministra bajó con todo el pelo alborotado por el viento de las hélices. Se miraba muy contenta acompañada de sus asistentes.

Fue recibida con la marimba y los coheteros en el salón Municipal. El Alcalde, el Director de la Escuela, los maestros y Pedro acompañaron a la Ministra para que recorriera el mural. Cuando llegó al final y vio que el sueño de futuro de San Mateo era una preciosa escuela, una enorme sonrisa le iluminó la cara y dijo: “Éste es el mejor regalo que pudieron hacerme, pues el sueño de ustedes es mi propio sueño.”

A continuación, la Ministra presencié cómo se colocaba la última pata de la mesa: los recursos de calidad para la escuela. Para lograr este último objetivo era muy importante contar con el apoyo del Ministerio y de las autoridades. La Ministra prometió buscar mecanismos para que no faltara en la escuela los recursos necesarios: la refacción escolar, los textos, los materiales didácticos, las reparaciones para el edificio, los pupitres. Sus asistentes tomaban nota.

Luego pusieron la parte de encima de la mesa: la Reforma Educativa impulsada por todos ayudaría a cambiar la suerte de los guatemaltecos y transformaría nuestra nación.

Pedro fue el encargado de terminar con los discursos de ese día, antes de que iniciara la gran fiesta. Para dirigirse a los presentes, llamó a los niños visitantes y a los niños representantes de San Mateo a que lo acompañaran en la tarima. Y dijo así: “Éste es el día para el cual estudié tantos años fuera

...

de mi casa y de mi pueblo. Éste es el día en que estamos celebrando el inicio de una nueva manera de ver la escuela. Y lo que me tiene contento es que no estoy solo: me acompañan los maestros, me acompañan las autoridades de nuestro país, me acompañan los padres de familia, pero sobre todo me acompañan los niños de Guatemala, a quienes nos debemos. Los niños de San Mateo nos enseñaron una gran verdad: la escuela es de todos y por eso debe ser construida por todos. La mesa que está puesta afuera en el patio de la escuela es muy importante: sus cinco patas sostienen la posibilidad de que, a través de la educación, podamos sostener la equidad en nuestro país y que con ello, podamos cambiar el destino de los niños y las niñas, pero también soñar una Guatemala grande y que progresa. Sé que he hecho mi parte para que conozcan lo que es la Reforma Educativa y la importancia de una educación de calidad. Sé que este conocimiento ha caído en buena tierra y dará frutos. Les doy las gracias por este día.”

Cuando Pedro terminó de hablar el pueblo entero le aplaudía conmovido. Los inundaba una felicidad que era extraña y muy intensa, pues era una felicidad compartida. A continuación empezó la fiesta que fue muy lucida y nunca fue olvidada, pues a instancias de algunos de los presentes, los niños y las niñas la pintaron en el mural que narraba su historia.



Carol Zardetto. Nació en Guatemala. Se ha desempeñado como abogada, escritora, diplomática, funcionaria de gobierno, columnista y guionista de cine. *Con Pasión Absoluta* (F&G Editores, 2006) es su primera novela y fue galardonada en el año 2004 con el Premio Centroamericano de Novela "Mario Monteforte Toledo". Este año, 2009, bajo la misma casa editora, publicó *El Discurso del Loco. Cuentos del Tarot*.

ESCRITORA

ILUSTRADORA

Christine Varadi. Nació en Marruecos de padres húngaros. Desde 1990 realiza trabajo artístico en Guatemala. Ha ilustrado numerosos libros infantiles para varias editoriales locales e internacionales, y preparado exposiciones de pintura en reconocidas galerías. Además de ilustradora, Christine Varadi también es fotógrafa, arte donde maneja técnicas digitales y tradicionales.





Ministerio de Educación

6a. Calle 1-87 zona 10,
01010, Guatemala, C.A.
PBX (502) 2411-9595
www.mineduc.gob.gt

**Programa Estándares
e Investigación Educativa
Education Standards
and Research Program**
www.estandaresdeguatemala.org

